

En marcha la sexta temporada en Segunda

Sardanápalo o el Sporting

LUIS MEANA

Una vieja sentencia pitagórica advierte de que «el principio es ya la mitad del todo». Como es obvio, hay inicios que llevan escrita en la cara sus finales, dulces o trágicos, sin que haga falta esperar al ciclo completo para cerciorarse. Eso es lo distintivo y propio de la inteligencia. Lo propio de la necesidad es, precisamente, lo contrario: necesitar llegar al truculento final para enterarse de lo que ya está clamorosamente claro en los comienzos. Ésa ha sido, durante años, la ineptitud ciega en la que se ha estado complaciendo el Sporting un día sagrado, sobreamado por su confuso, interesado y penoso entorno, cuando era más que evidente que estos dirigentes almidonados nos llevarían a estas agonías terminales. Estaba desde el inicio claro que de ellos no se podía esperar nada y que, sin embargo, cabía esperar todo. Como ha ocurrido. Hemos asistido, en vivo y en directo, a la construcción callada y silenciosa de un butrón en la caja fuerte de nuestra identidad y casa, el Sporting, operación con guante negro pero abundantes huellas a la que ni siquiera podemos calificar de carroñera. Pues, como dice Plutarco en una instructiva reflexión muy poco coincidente con nuestros prejuicios y creencias, el buitre es el más justo de los carnívoros y el más inofensivo para el hombre, dado que no ataca a ningún ser vivo, sino sólo a los seres muertos, y nadie ha visto nunca que se cebe en un ave, como ocurre con águilas o con halcones, ni que destruya el fruto de las plantas o cosechas, ni haga daño alguno a ningún animal domesticado. Por tanto, estamos en este caso ante otro tipo de ave, mucho más dañina e impura que los buitres carroñeros. Pues «¿cómo podría ser pura el ave que al ave devora?», se pregunta Plutarco. Que es de lo que precisamente se trataba, de seres que devoraban a personas e instituciones de su misma especie, cumpliendo así su naturaleza. ¿Quién, se pregunta el mismo Plutarco, es grande en el ejercicio del poder si la necesidad y la perversidad le acompañan? Nadie, podría contestarsele a bote pronto.

La sapientísima Roma, tan experimentada en todo lo que es gobernar y administrar situaciones y negocios, aplicaba, contra el mal de la ceguera borriquera, una norma de prudencia exquisita: ponía en sus campamentos unos guardianes especialmente atentos, unos animalitos especialmente tontos, asustadizos y nerviosos, de sueño tenue y perturbable, que se alborotaban con el más leve suceso inesperado, los gansos. Y los romanos hacían eso con el fin de que «cuando todas las cosas estaban dominadas por la temible oscuridad, la noche cerrada, las espadas bárbaras y la furia homicida, unas pobres criaturas irracionales y timoratas ofrecieran la salvación». salvaron así, como es



La plantilla del Sporting, ayer durante su presentación en El Molinón, con la grada al fondo prácticamente vacía.

sabido, traiciones, asaltos nocturnos, y dieron pie a victorias afamadas. Por lo que, en recuerdo y reconocimiento, los romanos sacaban en procesión, según cuenta Plinio, a un ganso sentado con toda solemnidad en una lujosa litera portátil.

Esta presentación del actual Sporting es un epílogo triste y cansado, la prolongación de una agonía predeterminada

Aquí, lejos de esa sensata prudencia romana, se prefirió un método más «gijonudo», consistente en rodear al campamento de un tipo de ganso ciego, sordo y mudo, además de torpe y vago. Y las pocas veces que se le escapaba un graznido, enseguida las fuerzas vivas le enviaban un lacero para que le cerrase bien el gatzate. Operación de pasteleo en la que, paradójicamente, colaboró gozosamente aquel órgano que, por su función y ethos, estaba para cumplir el importante papel de ilustre ganso romano, es decir, la decana prensa local, que ha graznado lo justito y que se ha distinguido por utilizar en abundancia el silenciamiento, sin que hasta el día de hoy se haya oído una sola palabra de disculpa o un solo sonido de arrepentimiento. Comprensiblemente, es más cómodo hacer de gatazo gordo y satisfecho que de ganso atento a los peligros que acechan al campamento.

Así que, más que un inicio, esta presentación del actual

Sporting es un epílogo triste y cantado, la prolongación de una agonía predeterminada. Lo que ahora se nos presenta no es nuestro equipo, es su mera sombra o fantasma, el pecio o resto de su doloroso naufragio. Un cuerpo escuálido que proviene de una abundancia de grasa. Una calavera, que luce, como nuestra bandera pirata, en el palo mayor de nuestro barco deshonorado. Lo que se nos presenta sobre el verde césped de El Molinón es una nadería que nada tiene que ver con nuestra identidad y orgullo. Y todo porque unos innombrables han conseguido que nos echaran de los salones que antes pisábamos y honrábamos y de las ligas que antes jugábamos, hasta convertirnos en marginalidad y periferia. Somos ya sólo una melancolía, la grávida y dolorosa melancolía de una gran familia arruinada que fue una vez algo y ahora vive sólo en la acongojante miseria de unos acreedores que lo cercan y de unos viejos colegas que no se le acercan, mientras los calaveras que lo apostaron todo a su loca ruleta pasean por la ciudad en sus BMW como si todo hubiera sido una catástrofe de la naturaleza. Estamos, pues, como un reputado y acabado cantante de ópera que anda ganándose la supervivencia en los peores antros, cubierto ya sólo por sus propios harapos. Así que, para ser realistas y honestos, en las camisetas de nuestro amado y destrozado Sporting debería ir escrito como eslogan publicitario aquel epitafio que se puso sobre la tumba del disoluto tirano griego Sardanápalo: «Esto tengo, todo lo que tragué y provoqué».

Mientras todo eso no fuera más que un mero fenómeno local, no tendría más trascen-

dencia que el destino individual trágico de unos calaveras, como ha pasado y pasará todavía mil veces en la historia. Peor sería la cuestión si se tratase, sin embargo, de un indicador más genérico. En este punto hay que registrar un hecho sorprendente: en los últimos años, todas las regiones del Cantábrico han seguido futbolísticamente una trayectoria común ascendente, hasta el punto de que, en este momento, todas ellas tienen en la llamada Liga de las estrellas, incluida la modesta Cantabria,

En las camisetas de nuestro amado Sporting debería ir escrito aquel epitafio del disoluto tirano griego: «Esto tengo, todo lo que tragué y provoqué»

un equipo en Primera. Es más, incluso se está convirtiendo en hecho habitual que algún equipo de una de esas regiones esté presente en la lucha final por el título, cosa que ha ocurrido, repetidamente, con el Dépor y acaba de ocurrir incidentalmente con la Real Sociedad. Todo ese movimiento común ascendente sólo ha tenido una excepción en el Cantábrico: Asturias, que ha ido marcando una trayectoria contraria, de caída en picado, hasta llegar a no tener ningún equipo en Primera y con el peligro, inminente, de tener a los dos en Tercera, después de consumarse la inadmisibles y vergonzosa catástrofe del Ovie-

do, que todo el mundo está tomando a la ligera como se tomó antes la desaparición/demolición de su estadio como si eso no significara nada. Ese fenómeno cantábrico resulta todavía más sorprendente si se observa que

esa trayectoria deportiva tiene llamativos paralelismos y coincidencias con otras trayectorias económicas y empresariales, de lo que Inditex en Galicia es el ejemplo más destacable, aunque podrían ofrecerse otros dentro y fuera de la gran banca.

Sea mera casualidad o coyuntura, difícil es suponer que todo eso sólo sea un capricho de la fortuna. Difícilmente acontecimientos tan coincidentes y con similitudes tan grandes serán sólo producto de casualidades. Por otra parte, si el fútbol tiene, como tiene, el valor de ser un símbolo especialmente significativo y cargado, alguna relación deberá existir entre el símbolo y lo simbolizado, entre el símbolo y aquello a lo que él hace y de lo que él es referencia: la sociedad toda. En ese caso, dos hipótesis se postulan aquí casi solas y por su propio peso. Primera, que la crisis del Sporting

es símbolo y seña de una crisis o deficiencia más genérica: de un grave déficit de gestión y de gestores. La escasez o ausencia de gestores buenos es la que ha hecho sitio y hueco a los malos; y que esos gestores, más que casos aberrantes y excepcionales, son el reflejo y la emanación de un tipo y una tipología genérica de gestores existentes en exceso. Segunda y peor todavía, que estamos ante una sociedad civil a la que le fallan los mecanismos más elementales de reacción y autodefensa, de forma que, por resignación, cansancio o indolencia, ni siquiera es ya capaz de librarse de las bacterias más inadmisibles y primitivas.

En cualquiera de las hipótesis, y en pensamiento pitagórico, lo sucedido con el Sporting sería el principio y mitad de otro todo que superaría los límites de lo que atañe o concierne al Sporting. Sea lo que fuere, aquí, por de pronto, hubo unos señores que hicieron próconsul a su caballo, y lo sentaron en el palco a darnos coces en la identidad y la honra, mientras sus mariachis, mediáticos y políticos, se dedicaban a cantarnos demagógicos cantos de sirenas, que han acabado asfixiadas en su propia playa. En el Sporting y por el Sporting el fútbol se ha llenado de Sardanápalos para quienes su filosofía vital y empresarial consistía precisamente en el «come, bebe y haz el amor, que lo demás es nada», que proclamaba el disoluto Sardanápalo y que llevó a su ciudad a la ruina y al desastre. Aunque aquí, como allí, todavía nadie encuentra razones para desasosegarse, envueltos como vamos en la descolorida y fofa bandera del progreso, que lo cubre todo como un basto sudario.